

EPÍLOGO

LA CONQUISTA DEL GUADARRAMA

por

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS

Presidente de mérito de la Real Sociedad Española de Alpinismo «Peñalara».

Socio honorario del «Club Alpino Español».

Y puesto que la cinta de los paisajes de la sierra ha concluído ya, vamos a ver ahora las figuras: ligeros retratos rápidos de los hombres y los héroes; las glorias del Guadarrama, que amamos y reverenciamos por ser ya consustanciales con él en las historias de nuestra tierra y nuestra raza.

Precedido del clamor de la jauría, y entre el eco de las trompas de caza, el primero que pasa es el Señor Rey Alfonso onceno, persiguiendo el oso y el jabalí, señores naturales de la ríscosa España. A la pasión cinegética del Rey somos deudores del tesoro de toponimia de la sierra, conservado en el *Libro de la Montería*, reimpresso en nuestro tiempo por Gutiérrez de la Vega. En mitad del siglo xiv, las cumbres y los puertos, los valles y los arroyos, todos los accidentes naturales, llevan los nombres con que hoy los conocemos, y que debemos procurar restituir y guardar en toda su pureza.

Cuando se ha restablecido el silencio, volviendo la montaña a su quietud y soledad prístinos, en un paisaje sin edad, eternamente actual, porque no existen en él más que elementos naturales, he aquí que aparece la figura humana, un tanto desentonada, pues no es ni de un pastor ni de un cazador, de un clérigo extraviado, de cara sensual, iluminada, no obstan-

te, por la expresión de unos ojos maliciosos e inteligentes. Juan Ruiz va ambulante por los puertos, y habiendo nacido en viernes, como él mismo nos confiesa, o, lo que es igual, bajo el signo de Venus, marcha obsesionado por el deseo erótico de las pastoras de los altos pastos, que se le aparecen como sirenas de la montaña, tan llenas de amenazas como de promesas.

¡Extraña y enigmática caricatura, especie de anticipo de capricho goyesco, la que el buen Arcipreste de Hita trazó de la pastora del Guadarrama! ¿Qué ha querido representar el gran poeta primitivo en esta figura anónima, opuesta a las Mengas, Gadeas y Aldaras de otras canciones suyas?

Vendrá luego el primer Marqués de Santillana, y, descendiendo del Yelmo, que él fué el primer hombre de mérito en ascender, «contra el Bóvalo tirando», vendrá a hallar otra linda pastora en Menga de Manzanares, celebrándola en la más bella de sus serranillas.

... Un gran lapso de tiempo de montaña tapada por celajes tormentosos.

Pero ahora, en un espeso escurial de la sierra, está edificada ya la «octava maravilla del mundo», y en una humilde celdita que abre su rasgada ventana hacia el oeste, la grandeza del rey Felipe II se dobléga bajo el peso de los negocios de Estado de la más poderosa monarquía del mundo. Cuando alza un instante la mirada y la proyecta al exterior, el grupo de las dos Machotas, separadas por el profundo collado de Entrecabezas, se fija en su retina con toda su salvaje energía y su invencible fuerza. El Rey, acaso, no concede atención a la imagen. Pero es seguro que, habiendo estado uno y otro frente por frente tantas veces, la Machota chica, el cerro de los Ermitaños, por otro nombre, es hoy una cierta imagen del alma del propio Rey, que tanto se le asemejó y que tuvo en ella su espejo y su esfinge inspiradora en los momentos difíciles.

Dos reinados después. Bajo Felipe IV, Velázquez, la más

pura gloria de nuestra España, su vida más ejemplar y noble, llega desde Sevilla a Madrid, y, pintor de la corte, traspasado de la luz y el color de El Pardo y de la sierra, será para siempre el pintor de la majestad real y de la majestad del Guadarrama inmortal y soberano. La bífida Maliciosa nevada, al fondo del retrato ecuestre del Príncipe Baltasar Carlos; el Yelmo, tras las ancas rotundas del cuatralbo alazán en que cabalga Felipe IV; la sierra del Hoyo de Manzanares, al término de otros muchos retratos de reales cazadores; hasta las charcas lejanas de Peralejo, en la llanura de El Escorial de Abajo, en la perspectiva del cuadro de «Las Lanzas», todo ello en su maravilloso azul, bajo su luz de plata, queda de tal modo sorprendido y fijado para siempre, que entrar en la Sala de Velázquez del Museo del Prado es tanto como ingresar en el interior del Guadarrama, cuyo noble granito ornamenta los dinteles de las puertas de acceso.

Otros cien años después. D. Nicolás Fernández Moratín escribe en el Poema de la Caza, «La Diana», una extraña descripción de la laguna de Peñalara:

Bajo una peña cóncava pendiente
se ve grutesca bóveda...

Mal recuerdo, D. Nicolás; impresión inexacta del negro acantilado de neis. Pero en esta amanerada descripción se nos da el nombre más viejo—Canato—que ha llevado la montaña, al parecer, y que no sabemos todavía de qué fuente haya sacado el poeta.

El tiempo, por lo demás, ya ha puesto término a una parte de la descripción. ¿Qué valor tienen, después de los concursos de natación en la laguna de Peñalara, los versos que siguen:

Mas siempre esta agua se miró con tanta
veneración, que no la ha profanado
de bruto ni varón la inmundia planta?

Casi a la vez, en el fondo del valle, por los alrededores de El Paular, D. Gaspar Melchor de Jovellanos versifica melan-

cólicamente. La Epístola de Fabio a Anfriso nunca sabe mejor que allí mismo donde fué concebida, en la vieja Cartuja de Santa María del Paular, santuario el más íntimo de las cumbres carpetanas.

24 de diciembre de 1808. Las tropas de Napoleón, con el Emperador a pie, del brazo del general Savary, pasan el puerto de Guadarrama, nevado, con nueve grados bajo cero, a medio día, en una retirada cruel en que los elementos combaten por España. El León muestra entonces un gesto trágico, tomando cruel venganza de la derrota del puerto de Somosierra. El Emperador, rendido, pernocta la fatal Nochebuena en la Casa de Postas de El Espinar. ¿Acaso está con él una figura que merece todavía hoy nuestro interés? Aludimos al general Bory de Saint Vincent, gran curioso y estudioso de España. El nombre de «Cárpeto-Vetónica» para nuestra gran sierra central es una creación suya, y, aunque no del todo exacto, ha hecho fortuna y se ha generalizado dondequiera.

Permítasenos ahora dos figuras sombrías. Pero «el mundo es así»: una mezcla inconexa de cosas buenas y malas, sanas y perversas.

Luis Candelas, el ladrón hábil madrileño, y Pablo Santos, el rudo malhechor de la serranía, pasan unos días juntos en el corazón de la Pedriza. Duermen en la cueva del Ave María, juegan a la pelota en el próximo paredón rocoso que aun conserva este nombre, se hartan de carne y vino y, ebrios, duermen cara al sol en la seguridad de las alturas. Desde la Vistilla del Yelmo, Candelas contempla, estremecido de horror, el abismo de la Dehesilla. Allá abajo, como una diminuta china, blanquea Canto del Tolmo. Santos se le señala a Candelas como un buen lugar para secuestros. Paco el Sastre, segundo de Candelas, no pierde la lección, y la aprovechará para el 28 de abril de 1839. Los hijos del Marqués de Gaviria, Intendente de la Reina, harán entonces el papel de víctimas, que antes representara el hijo único de la señora Braulia, del Bóalo.

Mayo de 1840. A la Venta del Cristo del Coloco ha llega-

do un llamativo viajero francés, de larga melena lisa y chaleco de fantasía, que atrae todas las miradas. Mientras contempla el horizonte desde el umbral, oye hablar a algún hijo del país de la misteriosa laguna de Peñalara. Escucha con atención, y luego, diligente, se pone a escribir en un ángulo unos renglones cortos:

On trouve dans ces monts, des lacs de quelques toises...

El malogrado Enrique de la Vega traducirá impecablemente, sesenta años después, la preciosa composición que el gran poeta Teófilo Gautier dedicó en esta fecha a nuestra querida laguna con el título de «Les yeux bleus de la montagne».

Otro poeta romántico, Gabriel García Tassara, invocará también, poco tiempo después, a la sierra:

¡Cumbres de Guadarrama y de Fuenfría,
columnas de la tierra castellana...!

1846. Comienzan los estudios para el ferrocarril del Norte que ha de cruzar la sierra. Larga contienda entre Segovia y Avila, entre el puerto del León y el de las Pilas, decidida, por fin, en favor de éste. El 24 de junio de 1861, la locomotora despierta por primera vez los ecos de los riscos de Abantos y de San Juan de Malagón, de San Benito y las Machotas. La sierra comienza a salir de su aislamiento y avanza hacia Madrid, preparándose su conocimiento.

19 noviembre 1886. Aparece el manifiesto y estatutos de la «Sociedad para el estudio del Guadarrama». Le firman los Sres. Macpherson, Coello, Botella, Rubio (Federico), Riaño, Uña, Machado y Núñez, Sáinz, Velázquez, Cervera, Giner de los Ríos, Bolívar, Martínez, Beruete, Sardá, Quiroga, Torres Campos, Sama, Machado y Alvarez, Lledó, Ferreiro, Cossío, Rodríguez, Lázaro, Pieltain y Rubio (Ricardo); es decir, geólogos, geógrafos, ingenieros, médicos, arquitectos, militares, catedráticos, naturalistas, pintores, botánicos, pedagogos. De los

veintiséis iniciadores, tan sólo quedan tres supervivientes: Bolívar, Cossío, Ricardo Rubio.

Si como personalidad orgánica la naciente Sociedad no estuvo llamada a grandes éxitos — el clima social todavía era frío, aunque la semilla buena —, la acción personal de cada uno de los socios fué amplia y decisiva: en unos, limitada a grupos profesionales elegidos; en otros, sin limitación, llegando a todos desde los años primeros de la vida, en la enseñanza primaria y secundaria

Este último es el caso del glorioso D. Francisco Giner, cuyo nombre resplandece, iluminándole con una aureola de oro, en el Canto del Tolmo de la Pedriza de Manzanares.

Todavía la sierra sigue siendo el patrimonio de una minoría de pequeños grupos o de individuos aislados que buscan en ella la satisfacción de sus instintos más profundos. Geólogos — ¡oh venerable D. Casiano de Prado, que inauguras la brillante serie continuada con Macpherson, Quiroga y Fernández Navarro, hasta Hernández-Pachecho, aun vivo por fortuna entre nosotros! —, geólogos armados con el martillo; botánicos herborizantes; entomólogos cazadores del insecto hasta los cándidos ventisqueros, que detienen la vida; militares como el desventurado Ibáñez Marín, muerto en el Rif, en el fatal combate del 23 de julio de 1909, y a quien conmemora en el puerto del Reventón, cuidado por él, un sencillo monumento; pintores, como el catalán Jaime Morera, que lega a Castilla el precioso don de la magnífica serie de lienzos expuesta en 1895, en que la sierra — la Marcuera, la Najarra, etc. —, adelantándose al primer término y enormemente aumentada, como vista con teleobjetivo en los antiguos fondos de los retratos velazqueños, se nos muestra en toda su personalidad imponente en un retrato acabado y perfecto.

Pero las multitudes llegan pronto en la inmediata generación de los primeros años del nuevo siglo. En mayo de 1908 se constituye el Club Alpino Español; el 16 de octubre de 1913 nace, en el local del antiguo Instituto de Reformas so-

ciales, la Agrupación «Peñalara», en su modesta forma original de los doce amigos. Tres ya dejaron de existir, y pertenecen al mundo de los nombres gloriosos de nuestra sierra: Enrique Vega, primero, versificador ágil y ligero; después José Fernández Zabala, el más perfecto y completo de los montañeros que haya tenido hasta ahora el Guadarrama; Enrique de Mesa, por último, irreparable pérdida de ayer, excelso poeta de las viejas piedras de la Cartuja del Paular y de las rocas siempre jóvenes y vivas de las cumbres.

La conquista de la sierra es un hecho ya, aunque todavía pueda ser llevada a aprovechamientos más amplios y profundos.

Como los pequeños núcleos de las rocas primigenias digeridas por la triunfante invasión del granito, que los canteros de la sierra llaman «gabarros», Madrid debe seguir avanzando hacia el Guadarrama hasta compenetrarse y fundirse con él en una simbiosis perfecta del monte y de la ciudad, que asegure a todos los necesitados, no a una minoría de elegidos, el supremo bienestar de la vida que puede procurarse de esta alianza.

